



Información para el examen de dispensación

Horario: El examen de dispensación para ingresar a la Carrera de Literatura se llevará a cabo el día viernes 7 de diciembre a Hrs. 15:00 en el aula Marcelo Quiroga Santa Cruz.

Requisitos: Los postulantes deberán portar su cédula de identidad y el comprobante del depósito a la cuenta universitaria.

Características del examen: El examen tiene una duración de tres horas y evalúa las competencias de lectura y escritura. El postulante recibirá un texto de ficción (un cuento) y deberá escribir un párrafo de resumen y otro de interpretación sobre el mismo. Antes de la escritura de los párrafos, el postulante tendrá un tiempo determinado para leer detenidamente el texto de ficción y organizar sus ideas utilizando esquemas que crea conveniente.

Las consignas para el examen de dispensación son las siguientes:

1. Elabore un esquema para un párrafo de resumen del texto xxxxx
2. A partir de su esquema, redacte un párrafo de resumen de 200 palabras del texto xxxxx. Subraye su oración principal y cuente el número de palabras.
3. Elabore un esquema para un párrafo de interpretación del texto xxxxx.
4. A partir de su esquema, redacte un párrafo de interpretación de 300 palabras como mínimo del texto xxxxx. Subraye su oración principal y cuente el número de palabras.



Guía básica para el examen

Algunos conceptos fundamentales

Párrafo: conjunto de oraciones articuladas con unidad (cohesión) y coherencia que desarrollan una oración principal.

Oración: unidad mínima de sentido completo.

Oración principal: la oración que guía el desarrollo del párrafo. Cohesión (unidad): todas las oraciones desarrollan la oración principal.

Coherencia: las oraciones están organizadas de una manera determinada.

Texto o escrito: conjunto de párrafos que conforman una totalidad de sentido.

Esquema: visualización de forma sintetizada de la organización, las ideas principales y las secundarias del párrafo o del texto.

Proceso para la elaboración del párrafo de resumen:

Primero elaborar un esquema, luego redactar el párrafo de resumen.

Lo que se evalúa en un resumen:

- está estructurado,
- sigue los puntos del esquema,
- presenta en su inicio el nombre del autor y título del texto que se resume,
- presenta una síntesis que demuestra la comprensión general de lo que se leyó,
- es objetivo, no tiene comentarios ni interpretación,
- está redactado en tercera persona,
- mantiene el tiempo verbal (generalmente el tiempo presente) y
- no muestra detalles innecesarios.



Proceso para la redacción de un párrafo de interpretación:

Primero elaborar un esquema, luego redactar el párrafo de interpretación

Lo que se evalúa en una interpretación:

- está estructurada,
- tiene una oración principal que sintetiza la interpretación que el estudiante ha hecho del texto que interpreta,
- tiene cohesión, es decir que las oraciones siguientes (oraciones de desarrollo) sustentan, a través de explicaciones, descripciones, comparaciones, ejemplificaciones, etc., lo que afirma la oración principal,
- tiene coherencia, es decir que las oraciones de desarrollo están ordenadas en base a una determinada lógica,
- trabaja el texto con detalle.

El Esquema

El esquema es el esqueleto a partir del cual se estructurará el texto posterior. El esquema contempla las diferentes partes que contendrá el párrafo, las cuales están expuestas de manera corta y puntual. Un esquema para un resumen será ligeramente distinto a un esquema para una interpretación, sin embargo, ambos podrían guiarse por el siguiente modelo tentativo:

Título del texto

- Introducción. (En un párrafo podrá ser opcional.)
- Oración Principal.
- Acciones del texto o Argumentos
 - 1.
 - 2.
 - 3.
 - 4.
 - N.



- Conclusión (No es necesario para un párrafo de resumen)

EJEMPLOS

Míster Taylor

Augusto Monterroso

-Menos rara, aunque sin duda más ejemplar -dijo entonces el otro-, es la historia de Mr. Percy Taylor, cazador de cabezas en la selva amazónica.

Se sabe que en 1937 salió de Boston, Massachusetts, en donde había pulido su espíritu hasta el extremo de no tener un centavo. En 1944 aparece por primera vez en América del Sur, en la región del Amazonas, conviviendo con los indígenas de una tribu cuyo nombre no hace falta recordar.

Por sus ojeras y su aspecto famélico pronto llegó a ser conocido allí como “el gringo pobre”, y los niños de la escuela hasta lo señalaban con el dedo y le tiraban piedras cuando pasaba con su barba brillante bajo el dorado sol tropical. Pero esto no afligía la humilde condición de Mr. Taylor porque había leído en el primer tomo de las *Obras Completas* de William G. Knight que si no se siente envidia de los ricos la pobreza no deshonra.

En pocas semanas los naturales se acostumbraron a él y a su ropa extravagante. Además, como tenía los ojos azules y un vago acento extranjero, el Presidente y el Ministro de Relaciones Exteriores lo trataban con singular respeto, temerosos de provocar incidentes internacionales.

Tan pobre y mísero estaba, que cierto día se internó en la selva en busca de hierbas para alimentarse. Había caminado cosa de varios metros sin atreverse a volver el rostro, cuando por pura casualidad vio a través de la maleza dos ojos indígenas que lo observaban decididamente. Un largo estremecimiento recorrió la sensitiva espalda de Mr. Taylor. Pero Mr. Taylor, intrépido, arrostró el peligro y siguió su camino silbando como si nada hubiera pasado.

De un salto (que no hay para qué llamar felino) el nativo se le puso enfrente y exclamó:

–*Buy head? Money, money.*

A pesar de que el inglés no podía ser peor, Mr. Taylor, algo indispuerto, sacó en claro que el indígena le ofrecía en venta una cabeza de hombre, curiosamente reducida, que traía en la mano.

Es innecesario decir que Mr. Taylor no estaba en capacidad de comprarla; pero como aparentó no comprender, el indio se sintió terriblemente disminuido por no hablar bien el inglés, y se la regaló pidiéndole disculpas.

Grande fue el regocijo con que Mr. Taylor regresó a su choza. Esa noche, acostado boca arriba sobre la precaria estera de palma que le servía de lecho, interrumpido tan solo por el zumbido de las moscas acaloradas que revoloteaban en torno haciéndose obscenamente el amor, Mr. Taylor contempló con deleite durante un buen rato su curiosa adquisición. El mayor goce estético lo extraía de contar, uno por uno, los pelos de la barba y el bigote, y de ver de frente el par de ojillos entre irónicos que parecían sonreírle agradecidos por aquella deferencia.

Hombre de vasta cultura, Mr. Taylor solía entregarse a la contemplación; pero esta vez en seguida se



aburrió de sus reflexiones filosóficas y dispuso obsequiar la cabeza a un tío suyo, Mr. Rolston, residente en Nueva York, quien desde la más tierna infancia había revelado una fuerte inclinación por las manifestaciones culturales de los pueblos hispanoamericanos.

Pocos días después el tío de Mr. Taylor le pidió -previa indagación sobre el estado de su importante salud- que por favor lo complaciera con cinco más. Mr. Taylor accedió gustoso al capricho de Mr. Rolston y -no se sabe de qué modo- a vuelta de correo “tenía mucho agrado en satisfacer sus deseos”. Muy reconocido, Mr. Rolston le solicitó otras diez. Mr. Taylor se sintió “halagadísimo de poder servirlo”. Pero cuando pasado un mes aquél le rogó el envío de veinte, Mr. Taylor, hombre rudo y barbado pero de refinada sensibilidad artística, tuvo el presentimiento de que el hermano de su madre estaba haciendo negocio con ellas.

Bueno, si lo quieren saber, así era. Con toda franqueza, Mr. Rolston se lo dio a entender en una inspirada carta cuyos términos resueltamente comerciales hicieron vibrar como nunca las cuerdas del sensible espíritu de Mr. Taylor.

De inmediato concertaron una sociedad en la que Mr. Taylor se comprometía a obtener y remitir cabezas humanas reducidas en escala industrial, en tanto que Mr. Rolston las vendería lo mejor que pudiera en su país.

Los primeros días hubo algunas molestas dificultades con ciertos tipos del lugar. Pero Mr. Taylor, que en Boston había logrado las mejores notas con un ensayo sobre Joseph Henry Silliman, se reveló como político y obtuvo de las autoridades no sólo el permiso necesario para exportar, sino, además, una concesión exclusiva por noventa y nueve años. Escaso trabajo le costó convencer al guerrero Ejecutivo y a los brujos Legislativos de que aquel paso patriótico enriquecería en corto tiempo a la comunidad, y de que luego luego estarían todos los sedientos aborígenes en posibilidad de beber (cada vez que hicieran una pausa en la recolección de cabezas) de beber un refresco bien frío, cuya fórmula mágica él mismo proporcionaría.

Cuando los miembros de la Cámara, después de un breve pero luminoso esfuerzo intelectual, se dieron cuenta de tales ventajas, sintieron hervir su amor a la patria y en tres días promulgaron un decreto exigiendo al pueblo que acelerara la producción de cabezas reducidas.

Contados meses más tarde, en el país de Mr. Taylor las cabezas alcanzaron aquella popularidad que todos recordamos. Al principio eran privilegio de las familias más pudientes; pero la democracia es la democracia y, nadie lo va a negar, en cuestión de semanas pudieron adquirirlas hasta los mismos maestros de escuela.

Un hogar sin su correspondiente cabeza tenía por un hogar fracasado. Pronto vinieron los coleccionistas y, con ellos, las contradicciones: poseer diecisiete cabezas llegó a ser considerado de mal gusto; pero era distinguido tener once. Se vulgarizaron tanto que los verdaderos elegantes fueron perdiendo interés y ya sólo por excepción adquirirían alguna, si presentaba cualquier particularidad que la salvara de lo vulgar. Una, muy rara, con bigotes prusianos, que perteneciera en vida a un general bastante condecorado, fue obsequiada al Instituto Danfeller, el que a su vez donó, como de rayo, tres y medio millones de dólares para impulsar el desenvolvimiento de aquella manifestación cultural, tan excitante, de los pueblos hispanoamericanos.

Mientras tanto, la tribu había progresado en tal forma que ya contaba con una veredita alrededor del Palacio Legislativo. Por esa alegre veredita paseaban los domingos y el Día de la Independencia los miembros del Congreso, carraspeando, luciendo sus plumas, muy serios, riéndose, en las bicicletas



que les había obsequiado la Compañía.

Pero, ¿que quieren? No todos los tiempos son buenos. Cuando menos lo esperaban se presentó la primera escasez de cabezas.

Entonces comenzó lo más alegre de la fiesta.

Las meras defunciones resultaron ya insuficientes. El Ministro de Salud Pública se sintió sincero, y una noche caliginosa, con la luz apagada, después de acariciarle un ratito el pecho como por no dejar, le confesó a su mujer que se consideraba incapaz de elevar la mortalidad a un nivel grato a los intereses de la Compañía, a lo que ella le contestó que no se preocupara, que ya vería cómo todo iba a salir bien, y que mejor se durmieran.

Para compensar esa deficiencia administrativa fue indispensable tomar medidas heroicas y se estableció la pena de muerte en forma rigurosa.

Los juristas se consultaron unos a otros y elevaron a la categoría de delito, penado con la horca o el fusilamiento, según su gravedad, hasta la falta más nimia.

Incluso las simples equivocaciones pasaron a ser hechos delictuosos. Ejemplo: si en una conversación banal, alguien, por puro descuido, decía “Hace mucho calor”, y posteriormente podía comprobarse, termómetro en mano, que en realidad el calor no era para tanto, se le cobraba un pequeño impuesto y era pasado ahí mismo por las armas, correspondiendo la cabeza a la Compañía y, justo es decirlo, el tronco y las extremidades a los dolientes.

La legislación sobre las enfermedades ganó inmediata resonancia y fue muy comentada por el Cuerpo Diplomático y por las Cancillerías de potencias amigas.

De acuerdo con esa memorable legislación, a los enfermos graves se les concedían veinticuatro horas para poner en orden sus papeles y morir; pero si en este tiempo tenían suerte y lograban contagiar a la familia, obtenían tantos plazos de un mes como parientes fueran contaminados. Las víctimas de enfermedades leves y los simplemente indispuestos merecían el desprecio de la patria y, en la calle, cualquiera podía escupirle el rostro. Por primera vez en la historia fue reconocida la importancia de los médicos (hubo varios candidatos al premio Nóbel) que no curaban a nadie. Fallecer se convirtió en ejemplo del más exaltado patriotismo, no sólo en el orden nacional, sino en el más glorioso, en el continental.

Con el empuje que alcanzaron otras industrias subsidiarias (la de ataúdes, en primer término, que floreció con la asistencia técnica de la Compañía) el país entró, como se dice, en un periodo de gran auge económico. Este impulso fue particularmente comprobable en una nueva veredita florida, por la que paseaban, envueltas en la melancolía de las doradas tardes de otoño, las señoras de los diputados, cuyas lindas cabecitas decían que sí, que sí, que todo estaba bien, cuando algún periodista solícito, desde el otro lado, las saludaba sonriente sacándose el sombrero.

Al margen recordaré que uno de estos periodistas, quien en cierta ocasión emitió un lluvioso estornudo que no pudo justificar, fue acusado de extremista y llevado al paredón de fusilamiento. Sólo después de su abnegado fin los académicos de la lengua reconocieron que ese periodista era una de las más grandes cabezas del país; pero una vez reducida quedó tan bien que ni siquiera se notaba la diferencia.

¿Y Mr. Taylor? Para ese tiempo ya había sido designado consejero particular del Presidente Constitucional. Ahora, y como ejemplo de lo que puede el esfuerzo individual, contaba los miles por



miles; mas esto no le quitaba el sueño porque había leído en el último tomo de las *Obras completas* de William G. Knight que ser millonario no deshonra si no se desprecia a los pobres.

Creo que con ésta será la segunda vez que diga que no todos los tiempos son buenos. Dada la prosperidad del negocio llegó un momento en que del vecindario sólo iban quedando ya las autoridades y sus señoras y los periodistas y sus señoras. Sin mucho esfuerzo, el cerebro de Mr. Taylor discurrió que el único remedio posible era fomentar la guerra con las tribus vecinas. ¿Por qué no? El progreso.

Con la ayuda de unos cañoncitos, la primera tribu fue limpiamente descabezada en escasos tres meses. Mr. Taylor saboreó la gloria de extender sus dominios. Luego vino la segunda; después la tercera y la cuarta y la quinta. El progreso se extendió con tanta rapidez que llegó la hora en que, por más esfuerzos que realizaron los técnicos, no fue posible encontrar tribus vecinas a quienes hacer la guerra.

Fue el principio del fin.

Las vereditas empezaron a languidecer. Sólo de vez en cuando se veía transitar por ellas a alguna señora, a algún poeta laureado con su libro bajo el brazo. La maleza, de nuevo, se apoderó de las dos, haciendo difícil y espinoso el delicado paso de las damas. Con las cabezas, escasearon las bicicletas y casi desaparecieron del todo los alegres saludos optimistas.

El fabricante de ataúdes estaba más triste y fúnebre que nunca. Y todos sentían como si acabaran de recordar de un grato sueño, de ese sueño formidable en que tú te encuentras una bolsa repleta de monedas de oro y la pones debajo de la almohada y sigues durmiendo y al día siguiente muy temprano, al despertar, la buscas y te hallas con el vacío.

Sin embargo, penosamente, el negocio seguía sosteniéndose. Pero ya se dormía con dificultad, por el temor a amanecer exportado.

En la patria de Mr. Taylor, por supuesto, la demanda era cada vez mayor. Diariamente aparecían nuevos inventos, pero en el fondo nadie creía en ellos y todos exigían las cabecitas hispanoamericanas.

Fue para la última crisis. Mr. Rolston, desesperado, pedía y pedía más cabezas. A pesar de que las acciones de la Compañía sufrieron un brusco descenso, Mr. Rolston estaba convencido de que su sobrino haría algo que lo sacara de aquella situación.

Los embarques, antes diarios, disminuyeron a uno por mes, ya con cualquier cosa, con cabezas de niño, de señoras, de diputados.

De repente cesaron del todo.

Un viernes áspero y gris, de vuelta de la Bolsa, aturdido aún por la gritería y por el lamentable espectáculo de pánico que daban sus amigos, Mr. Rolston se decidió a saltar por la ventana (en vez de usar el revólver, cuyo ruido lo hubiera llenado de terror) cuando al abrir un paquete del correo se encontró con la cabecita de Mr. Taylor, que le sonreía desde lejos, desde el fiero Amazonas, con una sonrisa falsa de niño que parecía decir: “Perdón, perdón, no lo vuelvo a hacer.”

FIN



Esquema básico de resumen (utiliza solo los eventos importantes en forma cronológica)

- Mr. Taylor, apodado el ‘gringo pobre’ llega a una tribu en la Amazonía.
- ~~Mr. Taylor llega a la tribu.~~
- Mr. Taylor va en busca de comida a la selva, encuentra un nativo quien le regala una cabeza reducida.
- ~~Un nativo le ofrece una cabeza a Mr. Taylor.~~
- ~~El nativo le regala la cabeza a Mr. Taylor.~~
- Mr. Taylor le manda la cabeza a su tío, Mr. Rolston.
- Mr. Rolston hace negocio con la cabeza y pide más a Mr. Taylor.
- Mr. Taylor se hace parte del negocio.
- El negocio es próspero y comienza a requerir más cabezas.
- Mr. Taylor pasa de pobre a político respetable.
- Cada vez es más difícil conseguir las cabezas.
- La tribu se hace parte, todo crimen se castiga con la decapitación.
- Se provocan guerras con tribus enemigas para conseguir cabezas.
- Llega un punto en el que ya no hay cabezas.
- Mr. Rolston necesita más cabezas y le exige éstas a Mr. Taylor.
- Mr. Taylor desesperado envía la última cabeza.
- Mr. Rolston abre la caja, es la cabeza de Mr. Taylor.
- Mr. Rolston salta por la ventana.

Párrafo de resumen

“Mr. Taylor” es un cuento de Augusto Monterroso que narra la historia de un señor que



mediante la venta de cabezas crea un negocio que termina siendo su propio fin. “Mr. Taylor” llega a una tribu con una situación económica bastante difícil y es apodado el ‘gringo pobre’. Un día mientras camina en busca de comida un nativo le regala una cabeza reducida. Mr. Taylor manda la cabeza a un tío, Mr. Rolston y después de un tiempo se da cuenta que él está haciendo un negocio con las cabezas y desea ser parte de éste. Mr. Taylor logra ser parte del negocio y así comienza el principio del fin. Al transcurrir el tiempo el negocio tiene un éxito inesperado, es tan grande la popularidad de las cabecitas, que todos aquellos que son parte de la compañía logran adinerarse con todas las ganancias y Mr. Taylor incluso llega a ser un político conocido e importante. Sin embargo, después de meses de venta las cabecitas comienzan a faltar entrando todos en crisis ya que eran requeridas. En la tribu también se esparce el pánico, pues Mr. Taylor hace aprobar leyes para castigar cualquier crimen con la decapitación, también organiza guerras con tribus enemigas para conseguir más cabecitas. Sólo se salvan los políticos importantes y sus familias. Llega un momento en el que ya no hay más cabezas y Mr. Rolston exige que se le mande el pedido. Mr. Taylor, desesperado, envía una última caja. Cuando llega, Mr. Rolston la abre, es la cabeza de Mr. Taylor. Mr. Rolston salta por la ventana.

Segundo ejemplo para un esquema y un párrafo de resumen

“El milagro secreto” de Jorge Luis Borges (Buscar el cuento en internet)

Esquema básico de resumen (utiliza solo los eventos importantes en forma cronológica)

- ~~1. El cuento “El Milagro Secreto” de Jorge Luis Borges trata sobre un escritor de Praga llamado Jaromir Hladik, al cual milagrosamente se le concede la oportunidad de terminar su trabajo más importante, antes de morir.¹~~
- ~~2. Hladik es capturado por los nazis y condenado a fusilamiento~~
 - ~~– Mientras espera su muerte, se arrepiente de su obra~~
 - ~~– Su redención es el drama en verso “Los Enemigos”~~

¹ Corregir: En el esquema no se debe desarrollar el cuento, únicamente plantear afirmaciones o frases que señalen cada parte de la trama.



- Le pide a Dios tiempo suficiente para terminar su cuento
 - Sueña con una biblioteca en la que supuestamente se esconde Dios
 - Cuando están a punto de fusilarlo, el tiempo se detiene
- 3- Hladik termina la obra en su mente justo antes de ser fusilado

Párrafo de resumen

El cuento “*El Milagro Secreto*” de Jorge Luis Borges trata sobre un escritor de Praga llamado Jaromir Hladik, al cual milagrosamente se le concede la oportunidad de terminar su trabajo más importante (la tragedia *Los Enemigos*), antes de morir. Hladik es capturado por los soldados nazis a causa de su origen judío, y condenado a fusilamiento varios días después de su captura. Durante este tiempo, Hladik imagina todos los escenarios posibles de su muerte, y llega a arrepentirse de su obra literaria, que comprende exámenes y traducciones. Pretende redimirse de estas obras con el drama en verso *Los Enemigos*, pero viendo el poco tiempo que le quedaba, le pide a Dios que le conceda el suficiente para terminar de escribir los dos últimos actos del drama. La última noche antes de ser fusilado, Hladik, sueña con una biblioteca dentro de la cual supuestamente se esconde Dios. Cuando los soldados se disponen a fusilarlo, en la mañana, a Hladik le parece que el tiempo se detiene, y aunque al principio incrédulo, eventualmente descubre que su deseo había sido concedido, así que mientras el tiempo está detenido puede terminar de escribir todo el drama haciendo uso de su memoria, y luego de resolver el último epíteto, el tiempo vuelve a la normalidad y se cumple su condena. (215 palabras)

Primer ejemplo para un esquema y un párrafo de interpretación (opinión)

“El almohadón de plumas” de Horacio Quiroga (Buscar el cuento en internet)

Esquema

Introducción

Oración principal: el esposo de Alicia se da por vencido fácilmente ante la enfermedad desconocida de Alicia.

Desarrollo



Pruebas:

- La falta de atención de los doctores.
- La indiferencia del marido.

Ejemplo:

- Vida de Hladik
- Hladik sueña con un ajedrez gigante
- Captura y condena de Hladik
- Encierro
- Reflexión sobre su obra
- Petición...

Conclusión:

- Cuando nos encontramos con algo que no conocemos, es más fácil darse por vencidos, tal como lo hacen los doctores y el esposo de Alicia.

Párrafo de interpretación (opinión)

Para contextualizar el párrafo de opinión, podríamos poner al inicio la oración introductoria y principal del resumen: “El almohadón de plumas” es un cuento escrito por Horacio Quiroga, el relato narra la historia de Alicia, una mujer que muere por unas alimañas que se encuentran en su almohada. En este cuento podemos ver cómo las personas fácilmente nos damos por vencidas ante lo desconocido, en este caso una enfermedad ante la que doctores y el esposo de Alicia, se rinden. Los doctores diagnostican con anemia a Alicia, aún cuando su caso era distinto de otros y no podían explicar con exactitud lo que ocurría con ella. Sólo la mantienen en cama, desahuciándola sin más investigaciones, no profundizan su caso o siquiera sugieren el llevarla a examinar a un hospital. Por otro lado, está la indiferencia de su esposo, quien tampoco hace mucho y se muestra lejano. La anemia no es una enfermedad contagiosa, es posible para él velar el sueño de su esposa durante las noches, pero en el cuento narra que dormía en la sala pudiendo dormir con su esposa. Tal vez de esa manera se hubiera dado cuenta de lo que pasaba



con el almohadón. Por esto tenemos que profundizar e investigar lo que está fuera de nuestro conocimiento y no darnos por vencidos, aunque sea la salida más fácil.

Segundo ejemplo para un esquema y un párrafo de interpretación (opinión)

Esquema

Introducción

Oración principal: la vida y obra de Hladik son una alegoría de esta ficción

Desarrollo (pruebas)

- Su obra más importante, Los enemigos, trata sobre Roemerstadt, que descubre que otro hombre, llamado Kubin, está enamorado de su amada. Eventualmente descubre que uno y otro son la misma persona y que el “El drama no ha ocurrido: es el delirio circular que interminablemente vive y revive Kubin”.
- Los últimos momentos de Kubin son iguales, porque imagina infinitas veces el escenario de su propia muerte, repitiendo el mismo delirio de su personaje.
- La ficción de la repetición concluye en el sueño de Hladik, donde se da a entender la inexistencia de Dios, y la posibilidad de la repetición sólo en la mente de humana. ²

Conclusión: La historia circular, o la repetición infinita, o la vida eterna, sólo pueden ser en la ficción.

Párrafo de interpretación (opinión)

El cuento “El Milagro Secreto” de Jorge Luis Borges narra la historia de un escritor de Praga llamado Jaromir Hladik, al cual milagrosamente se le concede la oportunidad de terminar su trabajo más importante (la tragedia Los Enemigos), antes de morir, Uno de los temas a los cuales se aproxima el cuento es la ficción de la repetición; tema que se encuentra entre los ideales filosóficos y estéticos de Borges; y es eso lo que veremos ahora. Los momentos finales y la obra más importante de Hladik son una alegoría de esto. Observemos primero la obra: Los

² Corregir los tres argumentos: sólo es necesario un punteo, el desarrollo se realiza en el párrafo.



Enemigos trata sobre un hombre llamado Roemerstadt, quien, entre otras cosas, descubre que otro hombre, llamado Kubin, se enamora de su amada (la de Roemerstadt); Luego de varios sucesos, descubre que él es el propio Kubin y que el “El drama no ha ocurrido: es el delirio circular que interminablemente vive y revive Kubin”. Y no es coincidencia que el delirio eterno de Kubin sea idéntico al delirio que experimenta su creador, Hladik, el escenario perfecto de la ficción. Así la ficción de la repetición concluye durante el sueño de Hladik, en el cual le ruega a Dios que si no es “otra repetición y errata”, le conceda tiempo suficiente para acabar su obra, y lo hace, pero una vez más, sólo dentro de la mente de Hladik. Curiosamente Hladik está condenado al fusilamiento a las 9 de la mañana, y el tiempo se detiene en el instante en que debe morir, pero cuando vuelve a la normalidad, el reloj marca las 9:02, dando a entender que la ficción de la repetición, es decir una forma de la vida eterna, puede suceder sólo en la mente, y que aquel Dios que grácilmente le concedió tiempo, no era más que una obra de su imaginación, y que la ficción es el único espacio en el que se puede vivir la repetición eterna. Todo esto evoca en mi mente la imagen e uróboros, la serpiente que se devora así misma, así como la frase “la historia es circular”, pero para evitar terminar con un cliché diré que la historia circular, o la repetición infinita, o la vida eterna sólo pueden ser en la ficción.

¡Indio Macho!

El Tiburcio Colque estaba metido en un lío muy serio y, lo que es más grave, no tenía idea de la magnitud de ese lío. El Tiburcio Colque era un soldado que había desertado en el campo de batalla, frente al enemigo. Se hallaba encerrado en un calabozo, aguardando la reunión del Consejo de Guerra y, naturalmente, iba a ser fusilado. Esto último lo sabían todos, excepto, precisamente, él. Y no lo sabía porque, en su fuero interno, estaba convencido de tener la razón, de haber sido víctima de un lamentable error que, tarde o temprano, tenía que aclararse.

Se había extrañado muchísimo cuando, cerca de Villa Montes, fue cogido por una patrulla que le exigió sus documentos. ¿Qué documentos iba a mostrar? No tenía ninguno. Y se había extrañado más aún cuando esa patrulla lo llenó de insultos, lo amarró y lo condujo de vuelta a su regimiento.

En verdad, tenía una vaga noción de que abandonar el ejército no estaba bien; pero estaba seguro de que, en su caso particular, había sobradas razones para hacerlo. Después de todo, en el ejército había miles de otros soldados y él no era tan importante. Además, no se había llevado nada que no fuera de él, excepto el uniforme y eso obligadamente, porque no tenía otra cosa que ponerse.

En cuanto al motivo de su deserción, era, a su juicio, suficiente: se le había muerto la vaca.

Esto, a primera vista, parece no ser tan suficiente; pero para el Tiburcio Colque era suficiente, más que suficiente. Cuando seis meses antes lo habían apresado en su sayaña para incorporarlo al ejército, poseía una madre, un sembradío de papas y una vaca. Muerta la vaca, no quedaba más que el sembradío de papas que nadie iba a trabajar y la madre que no tendría cómo mantenerse.

Se le comunicó que iba a ser juzgado por un Consejo de Guerra y la noticia le produjo una gran alegría. Estaba seguro de que allí iba a aclararse todo. Fue, pues, a la barraca donde funcionaba el Consejo con aire tranquilo y confiado, lo que, como es natural, asombró un tanto a los tres coroneles en cuyas manos estaba su suerte.

El Tiburcio Colque no entendía el castellano y si alguno de los jueces entendía el aymara, no lo demostró ni un instante durante el juicio. Por lo demás, no había mucho tiempo que perder con el soldado raso Tiburcio Colque. Este fue sentado en una silla, rodeado de cuatro guardias, baba en boca, y allí se estuvo, sonriendo, mientras duró todo.

Un coronel leyó, en voz alta, unos papeles y, luego, fueron llamados los soldados que lo habían capturado cerca de Villa Montes. Estos fueron preguntados y contestaron. Tal vez estaban refiriendo los detalles de la captura, lo que estaba bien, porque así los jueces podrían enterarse de que él, Tiburcio Colque, no se había llevado nada que no fuera suyo, excepto el uniforme, claro está.

Después de los soldados, fue llamado el sargento que comandaba su compañía. No era una mala persona. Concluida su declaración, sonrió al detenido. Ese era un buen augurio y el Tiburcio le sonrió también.

Todavía estaba sonriendo cuando los tres coroneles se retiraron a deliberar. No hizo falta mucho tiempo para que se pusieran de acuerdo. Y continuaba sonriendo cuando se le comunicó la sentencia: había sido condenado a morir frente a un pelotón de fusilamiento a la mañana siguiente.

El capitán Rogelio Salinas, secretario del Consejo de Guerra, quedó asombrado por la tranquila serenidad demostrada por el soldado raso Tiburcio Colque durante el juicio y cuando le había leído la sentencia. ¿Cómo un individuo tan valiente, que recibía, sin pestañear, la noticia de su muerte, podía, a la vez, ser tan cobarde como para desertar ante el enemigo?

El Tiburcio tuvo una última oportunidad para explicarse, cuando el presidente del Consejo de Guerra, como es de práctica, le preguntó si tenía algo que decir en su defensa. Como lo hizo en castellano, el Tiburcio, que no entendió nada, denegó con la cabeza. El capitán Salinas no tenía nada que hacer aquella noche y se le pasó pensando. No podía explicarse la actitud del soldado raso Tiburcio Colque. Desvelado como estaba, se puso las botas y, fumando un cigarrillo, fue a meter la cabeza por la pequeña mirilla del calabozo. El Tiburcio Colque, naturalmente, estaba dormido.

-¡Indio macho!- pensó el coronel.

En el trópico clarea temprano. Apenas amaneció, el Tiburcio fue sacado de su celda y precedido por cuatro soldados y un clase, se lo condujo a un claro abierto en la selva, no muy lejos de las barracas del Comando. Es posible que se preguntara el motivo de aquella ceremonia; pero no debió penetrar su significado, porque, aunque un tanto molesto por haberse tenido que levantar temprano, seguía tranquilo.

Le fue, por segunda vez, leída la sentencia y, mientras una escuadra formaba a su frente, se le vendó los ojos y se le ató las manos a la espalda. Tal vez, en el último



instante, al oír las voces de mando, se dio cuenta de que iba a morir; pero ya era tarde. No tenía cómo explicar a nadie que su vaca había muerto y que su madre no tendría con qué mantenerse.

El autor: José Fellman Velarde

Nació en La Paz, Bolivia, en 1922. Fue periodista, político, novelista e historiador. Militante e ideólogo del Movimiento Nacionalista Revolucionario, se desempeñó como ministro de Educación y Bellas Artes, ministro de Relaciones Exteriores y senador nacional de su país. Escribió, entre otras obras, "Una bala en el viento" (1951), "La montaña de los ángeles" (1958) y "Los imperios andinos" (1961). Murió en 1982. El cuento que aquí les presentamos, revela con ironía la distancia existente en su país entre indios y blancos.

El libro

Esta antología de cuentos, seleccionados por Fernando Rosenberg y con prólogo de Osvaldo Bayer, es un intento de saldar una gran deuda de más de 500 años. Busca dar visibilidad a quienes fueron ignorados como actores de la historia de la nación latinoamericana y devolver las voces que, una y otra vez, fueron silenciadas desde la conquista hasta nuestros días.



Párrafo de resumen del cuento “¡Indio macho!” de José Fellman

Esquema de resumen

Introducción

Referencia bibliográfica: “¡Indio macho!” es un cuento de José Fellman Velarde.

Desarrollo

- Tiburcio Colque es capturado tras desertar del ejército
- Tiburcio abandona el ejército por la muerte de su vaca.
- Tiburcio no comprende el castellano, pero está seguro de la validez de sus razones.
- El Consejo de Guerra decide fusilarlo y Rogelio Salinas- el secretario- se asombra de su seguridad y confianza.
- El presidente del Consejo decide preguntarle a Tiburcio sus razones.
- Tiburcio, ignorante del castellano, pierde la oportunidad de explicarse.
- Rogelio Salinas piensa en Tiburcio como un “indio macho”.
- Tiburcio es fusilado en la selva, cayendo en cuenta, quizás, de que moriría, pero ya es tarde.

Párrafo de resumen

Publicado en la antología *Cuentos indigenistas*, el cuento “¡Indio Macho!” de José Fellman narra la historia de Tiburcio Colque, quien es arrestado por desertar del ejército. La causa es la muerte de su vaca, que dejaría el sembradío que poseía sin producir y su madre no podría mantenerse. Tiburcio confía en que es motivo suficiente y válido para abandonar el Ejército y está seguro en que el Consejo de Guerra juzgará de manera correcta su caso, razón por la que Tiburcio se muestra confiado durante el juicio. Ninguno de los tres coroneles que lo juzga habla el aymara, única lengua de Tiburcio, quien permanece en silencio. Acordaron, finalmente, fusilar a Tiburcio. Su confianza genera asombro, especialmente en Rogelio Salinas, el secretario del Consejo. Como es costumbre en los juicios, el presidente pregunta a Tiburcio si tenía algo que decir en su defensa, Tiburcio, al no entender, niega con la cabeza y pierde la oportunidad de explicarse. La aparente valentía del acusado provoca la idea, en Rogelio Salinas, de que es un indio macho. A la mañana siguiente, se procede a fusilar al acusado en un claro en la selva. Tal vez, en el último instante, mientras le vendan los ojos y le leen, por segunda vez la sentencia, cae en cuenta de que va a morir, pero ya es demasiado tarde.



Párrafo de interpretación: El romanticismo en “¡Indio macho!” de José Fellman

Esquema para el párrafo de interpretación

1. Introducción:

Tesis: el narrador de “¡Indio macho!” recurre al romanticismo para camuflar la idea negativa que tiene del indio.

2. Desarrollo:

- El narrador utiliza el romanticismo (movimiento cultural en donde prevalecen los sentimientos sobre la razón) para crear una imagen romántica del indio en el lector.
- Como el romanticismo hace que el sentimiento prevalezca sobre la razón, el narrador activa el sentimiento de empatía hacia Tiburcio, generando lástima en el lector.
- El narrador muestra una ingenuidad excesiva en las reacciones del protagonista, pero con ello en realidad pone en evidencia que lo considera ignorante y tonto.

3. Conclusión

El narrador de “¡Indio macho!” tiene una actitud paternalista y simula la idea negativa que tiene del indio a través del romanticismo.

Párrafo de interpretación

El cuento “¡Indio Macho!” de José Fellman nos muestra, a través de su narrador, la cruda historia del soldado Tiburcio Colque, quien es condenado a muerte por desertión sin percatarse de ello. Tras desertar y ser llevado de vuelta a su regimiento, Tiburcio no comprende lo que ocurre, pues tiene “una vaga noción de que abandonar el ejército no estaba bien”, por lo que se intuye que su formación militar para ser soldado, si la tuvo, fue inútil. El narrador crea una imagen romántica del indio, presentándolo como un pobre campesino sacado de su sayaña por la fuerza, dejando a su madre sola con una vaca y un sembradío; además de mostrarlo dueño de una “inocencia excesiva” que raya en la estupidez. Aunque el narrador no manifiesta un racismo explícito, hay ciertos vestigios que muestran sus verdaderas ideas. Por ejemplo, pone a Tiburcio en situaciones en las que fácilmente podría darse cuenta de la gravedad de sus circunstancias: “sentado en una silla, rodeado de cuatro guardias, bala en boca, y allí se estuvo, sonriendo, mientras duró todo”. Pese a “la bala en boca” durante el juicio y los preámbulos del fusilamiento, la narración intenta justificar la reacción serena de Tiburcio como si solo fuera consecuencia de su desconocimiento del castellano, pero en realidad pone



en evidencia que se ve al indio carente de sentido común e incapaz de comprender su entorno. Sin embargo, hay ciertas condiciones que no se justifican con la ignorancia y la diferencia cultural. Aunque desconociera las consecuencias de la desertión, para ser soldado mínimo debía conocer el funcionamiento de un arma; no obstante, cuando durante el juicio es amenazado con una, él sonríe, pese a que para cualquier persona (salvo un niño) con un mínimo de razonamiento ser amenazado con un arma es suficiente muestra de peligro. La duda al final del cuento: “Tal vez, en el último instante, al oír las voces de mando, se dio cuenta de que iba a morir, pero ya era tarde”, también pone en evidencia la idea que el narrador tiene del indio, a quien ve como un ser bruto e ignorante que no se sabe siquiera si al final se da cuenta de su destino. A primera vista, el romanticismo en la narración poner al protagonista como víctima de la injusticia y hace que el lector sienta lástima por Tiburcio; sin embargo, si se lee con más detenimiento es posible notar las ideas negativas que el narrador camufla respecto al indio, a quien muestra como un ser inferior, ignorante e incapaz de comprender nada.

Otro ejemplo de interpretación

Esquema

Introducción:

Oración Principal (Tesis): En el cuento, se materializan las distancias sociales y culturales de la época entre la cultura boliviana ‘occidentalizada’ y el mundo indígena.

Desarrollo (Argumentos):

A1: La brecha lingüística genera distanciamiento.

A2: Colque no entiende bien cómo funcionaba el sistema.

A3: La guerra es la primera aproximación de las ciudades al campo.

Conclusión: Todas estas brechas y muchas otras que no estoy mencionando, forman parte de la injusticia cometida contra Tiburcio Colque y del mensaje que el autor procura transmitirnos con su obra.

Párrafo:

“¡Indio Macho!”, de José Fellman Velarde, trata sobre un indio que es condenado por desertar de la guerra. En el cuento, se materializan las distancias sociales y culturales de la época entre la cultura boliviana ‘occidentalizada’ y el mundo indígena. La prueba más obvia de estas distancias es el lenguaje. La brecha lingüística representa una de las distancias más profundas entre ambos



componentes de la cultura boliviana. El indígena, como uno de los efectos de la colonización española, se vio sometido al idioma español. La cultura boliviana colonial y post colonial se desarrolla con la proclamación del español como lenguaje de Estado, y el sometimiento de los muchos otros existentes en el territorio. En el cuento, Tiburcio Colque es víctima de esta distancia entre la cultura hablada en español y la hablada en aymara al no poder entender lo que pasa en el juicio y, principalmente, no poderse explicar y justificar para salvar su vida. “(El consejo de Guerra) le preguntó si tenía algo que decir en su defensa. Como lo hizo el castellano, el Tiburcio, que no entendió nada, denegó con la cabeza”. La segunda brecha entre ambas culturas, es igual de profunda que la anterior: la diferencia entre los sistemas de organización política y social. Es evidente que la organización heredada en la colonia era muy distinta a las formas de organización locales. Es por esto que, Tiburcio Colque pasa todo el tiempo confundido y sin saber lo que pasa. No entiende a totalidad la función del Consejo de Guerra y no entiende porque la desertión del ejército era algo tan grave. “Tenía una vaga noción de que abandonar el ejército estaba mal (...). Una última distancia es mucho más material que las otras: la distancia física y el distanciamiento de las relaciones entre las ciudades y el campo. Sabemos que, la guerra del Chaco (guerra en la que suponemos se desarrolla la historia), representó el primer y más importante acercamiento entre ambos componentes de la sociedad boliviana. Todas estas brechas y muchas otras que no estoy mencionando, forman parte de la injusticia cometida contra Tiburcio Colque y del mensaje que el autor procura transmitirnos con su obra.